

Publicamos el poema de Pedro Shimose que obtuvo el Primer Premio en Juegos Florales Nacionales de Sucre. "Canto Lírico al libertador Simón Bolívar", de Walter Arduz, y "Canto a Bolívar", de Carlos Gerke (segundo y tercer premios, respectivamente) serán publicados el domingo próximo en este suplemento.

## AGONIA EN SANTA MARTA



Reducido a ti mismo eres arcilla dolida de ser hombre.  
En el exilio es donde tú, extranjero que interrogaste al Tiempo, descubres que eres apenas un ombú solitario.  
Y sientes frío en estas siete largas noches porque la lluvia te golpea con su fiebre  
y se te hinchan las venas y una lágrima al poniente emerge y te asfixia y te lacera el costado y te destroza el pecho incendiado de rosas.  
Vamos a decirle al silencio que no hay imposibles  
y que en la playa sólo resta ser potencia al retomar al mundo nuestro.  
Medio siglo de ti y el sol se cansa en las antorchas que descienden por la noche hasta tus ojos que iluminan tu demacrado rostro.  
Se cansan de ti los huesos y te abandonan,  
la sangre se cansa de ti y, desnudo,  
por tu propia libertad trasciendes de tu cuerpo  
y caminas hacia el sueño por tu carne encendida,  
hacia un río de laureles negros donde se cumple tu agonía que gira en mi cabeza como un ave de plumaje sombrío.  
Ahora ya no habrá quién nos hable desde los volcanes,  
Señor de las Audacias, en viento chúcaro que pisa la nieve y la derrite con arrullos de palmeras.  
¡Oh la canción triste de los cañaverales cuando el alma se vuelve amargura!  
Había que darse y te diste, Vencedor de la Envidia,  
Había que darse y te diste un día en que tembló la tierra y se quebró de espanto la ciudad de águilas muertas y toros degollados.  
Los pájaros se fueron mar adentro y la marea te devolvió con tu grito de guerra que resonó en la sabana, en las cumbres, en el altiplano...  
Tú eres el invitado de la hora.  
Furiosa llega, veloz, tu espada en el último relámpago de un trueno fatigado  
y en el jadeo de las cabalgaduras, los llaneros desatan su tempestad de encono y valentía que atruena en la selva e incendia pajonales.  
Grandeza en soledad y tú comandas centauros que doblégan ríos.  
Las legiones de justos rompen la negrura del miedo en tu erizada piel de convulsiones.  
Las montañas te esperan con sus ventisqueros y con sus precipicios.  
Transpones temporales y marchas por las nubes con fantasmas desnudos de sueño  
y nada te detiene, Vencedor del Hambre y la Derrota, cuando bajas de los páramos  
y te hundes en las ciénagas con el agua al pecho,  
a la cintura el fango,



El poeta Pedro Shimose

# CRONICA DE ORIGEN

Por ALBERTO ZELADA C.

Bastante, en verdad, se ha escrito sobre la Universidad de San Francisco Xavier procurando sacar a la luz los antecedentes de su creación, el desenvolvimiento ideológico e institucional que ha sufrido, la influencia que ha ejercido en el desarrollo del pensamiento boliviano, la organización que tuvo en sus orígenes y la labor que ha cumplido a lo largo de sus tres siglos y más de historia. Descubriendo documentos e interpretando los mismos, con ámbitos y perspectivas más o menos diferentes, muchas cosas se han dicho sobre este tema que, en todo momento y por diversas circunstancias, resulta siempre sugerente. Ocurrió, por cierto, que las instituciones de cultura, por el múltiple colorido que encierra la raíz misma de su realidad, brindan cada instante motivos de atención. Como prueba de maestros

asertos basta con referirse a los trabajos y ensayos de Valentín Abecia, Luis Paz, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Jaime Mendoza, Ignacio Prudente Bustillo, Guillermo Francovich, Rafael García Rosquellas, Gustavo Medeiros, Manuel Durán, Julio García Q. y otros, diferenciando cada uno de ellos por sus aspiraciones particulares aunque apuntando en dirección al mismo objeto general (1).

Pese a tan meritorios esfuerzos aún quedan aspectos y facetas que pueden ser fecundos motivos de atracción para el investigador. Uno de ellos está constituido por la biografía del fundador de la Universidad de Chuquisaca, Don Juan Frías Herrán, en torno a cuya figura poco se conoce. En esta cuestión, fuerza es confesarlo, no disponemos - hasta donde ha llegado nuestra pesquisa - de suficientes fuentes de referencia, de informaciones completas capaces de ponernos en contacto con la vida y la obra totales de tan célebre personaje. Aquí, seguramente como en ninguna otra materia, la inferencia histórica ocupa un lugar importante, ese mecanismo que consiste en llegar a un dato mediato merced a las luces - no del todo perfectas - que arrojan las fuentes inmediatas. De ahí que sea necesario advertir que todo trabajo emprendido con los fines señalados pecará, por de pronto, de insuficiente al ofrecer un retrato presuntivo y, en consecuencia, pálido.

Naturalmente Don Juan Frías Herrán era español de origen. No de otro modo puede explicarse el que haya viajado desde la Península hasta las colonias de América, presumiblemente poco tiempo después de su ordenación sacerdotal. En 1582 fue nombrado Procurador de la Compañía de Jesús en el Perú el P. Andrés López, el mismo que, al año siguiente, se embarcó en el Callao rumbo a España. En Madrid y Roma realizó gestiones con objeto de conseguir la llegada a su provincia de un contingente de sacerdotes, los que serían destinados a los trabajos e instituciones que realizaban y atendían los jesuitas por aquel entonces. La referida expedición, como resultado fructífero de las solicitudes hechas por el Procurador, estuvo integrada por veinte sacerdotes, uno de los cuales era el P. Frías Herrán. De ese modo, el año 1590, aproximadamente, llegó a Quito, ciudad en la cual la Compañía de Jesús tenía a su cargo un colegio de enseñanza. En el meritorio establecimiento el P. Frías dictó clases de Arte, primero y de Teología, después, por espacio de algún tiempo.

Transcurridos los años, en 1594 el Obispo de Quito Fray Luis López Solís, respondiendo a lo solicitado por las autoridades y vecinos de la ciudad fundó el Seminario de San Luis. Para atender el nuevo Instituto de formación sacerdotal se requirieron los

servicios de los jesuitas. Ocupó la dirección del colegio recién formado el P. Frías, permaneciendo en ese cargo hasta fines de siglo. Recién en 1600 llegó al Perú, al tener que asistir a la Quinta Congregación Provincial de la Compañía de Jesús que se efectuó en Lima ese año. Esta importante reunión, entre las diversas resoluciones que adoptó, había acordado realizar algunos cambios de destino. De esa manera el P. Frías fue enviado a Chile, en cuya capital los jesuitas poseían también un colegio y otras instituciones (2). No es posible determinar con exactitud hasta qué año permaneció allí. Finalmente, en 1620 fue designado Preposito Provincial de la Compañía de Jesús en el Perú, sucediendo en el cargo al P. Álvarez de Paz (3).

El advenimiento del P. Frías a tan alta dignidad coincide, prácticamente, con las gestiones iniciadas ante las autoridades pontificias y peninsulares para la creación de un colegio y de una universidad en Chuquisaca. Por tal motivo esta parte de su vida y de la misión que le cupo desarrollar es la que más nos interesa.

La erección de la Universidad de San Francisco Xavier resulta inexplicable sin referir a los antecedentes de la creación y funcionamiento del Colegio Real de San Juan Bautista. Si bien es cierto que la Compañía de Jesús inició los trámites correspondientes para la fundación de ese colegio, atendiendo a los reclamos y solicitudes de las autoridades y personas principales de Chuquisaca y convenida de la misión educadora que debía cumplir en las colonias, a las claras resulta que su intención iba más allá de la creación de un simple colegio, aspirando, en fin de cuentas, a la fundación de una Universidad. Si se revisan cuidadosamente tanto el Breve Pontificio de Gregorio XV, fechado en 8 de agosto de 1621, como la Cédula Real de Felipe III, de 2 de febrero de 1622, se verá que ambos contienen términos generales que legalizan la fundación del Colegio de San Juan Bautista, autorizando para que el mismo confiera grados de bachilleres, licenciados, maestros y doctores, al propio tiempo que abre las puertas para la erección de una universidad. Y si analizamos el desarrollo de los acontecimientos históricos estableceremos que ambos documentos legales sirven de fundamento para que la Compañía de Jesús recabara de las autoridades coloniales los permisos y provisiones consiguientes para crear tanto el colegio como la universidad. Estos hechos no significan, sin embargo, que los jesuitas no hubieran tenido ya un colegio en La Plata. Más bien, al contrario, el informe de uno de los provinciales pasado a sus superiores en 1621 da noticia de un Instituto educacional. Lo interesante es ver que

la Compañía de Jesús no limitaba sus intenciones a una institución con facultades y prerrogativas más o menos limitadas, pretendiendo, en todo caso, crear un colegio y una universidad con privilegios especiales.

El 22 de febrero de 1621 el Virrey del Perú Príncipe de Esquilache, conforme a la solicitud hecha por el P. Frías Herrán, dictó una provisión por la cual autorizó la fundación de un Colegio en Chuquisaca "del nombre y advocación que le pareciere" (4). Ese mismo año, en 10 de abril, dictó una nueva provisión por la cual dio el nombre de San Juan Bautista al citado colegio, lo confirió su escudo de armas, ordenó que se organizara como los colegios de San Martín y San Felipe de Lima, le concedió la prerrogativa de Colegio Real y recomendó a las autoridades de La Plata para que prestaran toda la ayuda que fuera necesaria para el fiel cumplimiento de lo ordenado. Esta fundación fue aprobada por el Breve Pontificio de Gregorio XV y la Real Cédula de Felipe III, a los que hemos hecho referencia antes. Apoyado en el contenido de ambas disposiciones, con toda exactitud el historiador Luis Paz sostiene: "De esta manera, el colegio real de San Juan Bautista, desde el momento de su fundación, tuvo las preeminencias y facultades de una universidad de estudios generales y con autorización real y pontificia de expedir títulos" (5).

Concluidos los trámites que hemos indicado - en los cuales fue indiscutible la activa participación del P. Frías - este ordenó a los jesuitas de Chuquisaca para que se cumpla lo acordado. Sin embargo el Colegio de San Juan Bautista recién empezó a funcionar en octubre de 1623, cuando el P. Ferdinandus Reiman dictó el primer curso de Artes. Entre tanto, el P. Frías, después de impartir las instrucciones pertinentes, inició un viaje de visita por la provincia de su jurisdicción dejando para su retorno a Lima el perfeccionamiento de la fundación ordenada. Es urgente anotar que el propio Virrey Príncipe de Esquilache, en su provisión de 10 de abril de 1621, mandó que "el dicho colegio estuviese a cargo del P. Juan de Frías Herrán" (6). O sea que a él quedó encomendada la organización del colegio y - natural es suponer - de la universidad.

Mientras se ultimaban los trámites para la fundación del colegio de San Juan Bautista - o sea durante el período de tiempo comprendido entre 1621 y 1624 - se emprendieron las gestiones para la creación de la universidad. Las mismas fueron realizadas, casi simultáneamente, ante las respectivas autoridades virreynales y provinciales en Lima y Chuquisaca, por parte del P. Frías Herrán y el P. Luis de Santillán, Rector del Colegio de La Plata. Ambos solicitaron autorizaciones, venías y cooperación apoyándose en el Breve Pontificio de Gregorio XV y en las Cédulas Reales de Felipe III de 2 de febrero y 23 de marzo de 1622. Esta última, refiriéndose también a la disposición papal, estaba dirigida a los virreyes, gobernadores, audiencias, etc., del Perú ordenando, de modo más expreso, que se prestase ayuda y colaboración para que la Compañía de Jesús funde una universidad en Chuquisaca. Equivale a decir que esta Cédula Real era el resultado favorable de los peticiones y demandas que hicieron los jesuitas en la propia Península, para que se aprobase la fundación del Colegio de San Juan Bautista, lo que demuestra, una vez más, la forma coordinada en que supieron trabajar. Autorizada una obra ya hecha, consiguieron abrir posibilidades evidentes para una nueva empresa de mayor magnitud.

Provisto de los anteriores documentos el P. Frías Herrán se presentó en Lima ante el nuevo Virrey del Perú, Marqués de Guadalcázar, consiguiendo que dicha autoridad aprobase los mismos y ordena, por provisión de 22 de marzo de 1623, que sean cumplidos. Por su parte el P. Santillán - ejecutando lo ordenado por el provincial - ocurrió, en Chuquisaca, ante el Cabildo Eclesiástico y la Audiencia de Charcas, comprometiéndole la ayuda de ambos cuerpos colegiados. Así por ejemplo, la Audiencia, en las postrimerías de las gestiones seguidas, pronunció un acuerdo en fecha 16 de marzo de 1624



Pedro Shimose leyendo su poema

con hispa en los tobillos de un fuego que acorta las distancias  
y tu victoria es sobre la fatiga,  
y tu victoria es sobre el Tiempo,  
y tu victoria es sobre ti mismo!

A campo raso las lanzas de la tarde y la luna  
brillando en las armas de los guerreros muertos  
aguardan tu caída en puñales sobre hamacas y horizontes.  
Por aquí pasa un río que es un pueblo  
y las campanas reciben a los héroes con el amor de las muchachas a la hora del reposo.  
Ya no puedes abandonar la piedra con que te hundes,  
ya no puedes abandonar lo que eres, Señor de las Hazañas.  
Con tu corazón a cuestras después de los días de camelias y miel de labios rojos,  
tu voz se agosta cerca de la sombra. Los campos de batalla, yermos.  
Un caballo corre suelto por la arena. La goleta parte a la isla de las banderas ondulantes y un ángel cruel te punza la mirada y llena de hiel la boca que pronuncia frases que retumban en tus pulmones vaciados.

Amado y perseguido por un fuego invisible, el ojo de agua de la noche te llora en el destierro con aromas de monte y oración de molineras.  
Alma llena de heridas junto al mar reposas con las alas prestas a remontar el vuelo inmarcesible de la gloria.

En tu lecho de algas y aguaceros anidan las garzas de la muerte.  
Ya no te perteneces, Luchador de Armas en la Frente,  
pronto estarás a salvo de las sombras sin poder entrar de nuevo al destino que aceptaste,  
estará inmerso en el enigma y tu nombre, Libertador,  
será llevado en andas por los pueblos que cantan por mi boca,  
con tu cabello al viento siendo viento,  
con tus ojos al mar siendo llanto llorado sobre una ciudad donde la Vida es vida y donde la Muerte muere de humana libertad.

PEDRO SHIMOSE

El poeta y la Reina de los  
Juegos Florales, señorita  
Silvia Arana Bustillos.



(Pasa a la página 4)





# ANTONIO AVILA JIMENEZ

Por ARMANDO SORIANO BADANI

morella dice el secreto sin palabras  
de las cosas  
que serán siempre ignoradas...  
es su cintura de luz  
anillo abstracto de mis horas...  
y sangre de luna tibia  
tiene morella en las venas  
y cabellos peinada  
por dolores difusas...  
morella viene en las noches  
de las lámparas azules...

El recuerdo de Antonio Avila Jimenez, surge en nosotros  
fresco y nostálgico, y su importancia literaria emerge con  
dignidad indiscutible, desde el sólido pedestal del incommo-  
vible valor de "Cronos", "Signo", "Las Almas" y "Poe-  
mas".

"Cronos", publicado en 1939, marca el primer paso segu-  
ro e importante del poeta peruano, que abre auspiciosamente  
las anchas perspectivas de una lírica que alcanzará consagra-  
ción definitiva.

Una descriptiva quieta, tersa, circula por el libro como  
un soplo apacible que muestra el encanto fresco y penetrante  
de sus imágenes. De su poesía fluye la nota dominante de  
un acento delicado que se resuelve casi siempre, en mensa-  
je de ternura exaltadora. Y es que la poesía no es, clari-  
ficamente, la fría elaboración de metáforas afortunadas, sino la  
construcción espiritual, donde ánima, índole y conducta se  
conjugan de manera armoniosa para reflejarse artísticamente  
en la creación poética. Por ello, el resplandor de la man-  
sedumbre y bondad de don Antonio, aparece inextinguible y co-  
municativa en su poesía.

No están ausentes los poemas que alzan la sencillez del té-  
ma epológico, descrito siempre con perspicuo encanto.

Andariego, como fue don Antonio, recogió temas foráneos  
que en su inspiración alcanzan nivel de familiar impresión,  
porque el sentido universal de las cosas, no dimana del carác-  
ter regional del tema, sino de su tratamiento estético, que  
puede tornar lo regional en universal, por la intensidad co-  
municativa y por el grado de excelencia artística.

Algunos poemas recogen la resonancia formal del roma-  
ncé, donde se plasman musicalmente paisajes captados con  
original visión subjetiva. La parte denominada "azulejos",  
agrupa una colección de breves poemas, donde la elevada fun-  
ción sugestiva del arte, cobra su realidad atrayente cuando  
la variedad de los temas, en apretada síntesis poética, mues-  
tra diversos motivos de la inspiración de Avila Jimenez. Ca-  
si todos los temas se resuelven en pequeños poemas de cua-  
tro, tres y aun dos versos, mostrando en su limitada exten-  
sión el prodigio de su calidad, como puede advertirse en es-  
tas tres composiciones: TROPICO: Cigarras y grillos / ha-  
cen armonía / en el crepúsculo / concierto del bosque; PUNA:  
Chichisba le paja con el frío / amortajando de quietud / la  
pampa; EL ESQUILON: Saca armonía / que parece silencio.

En la última parte del volumen, "Pirografías a la mujer  
imaginaria", alisan algunas formas, perceptiblemente invo-  
luntarias, de la llamada escuela poética del "concretismo",  
odiosa expresión que jamás tendrá jerarquía poética, porque  
su tentativa axiológica reside primordialmente en la presen-  
tación del poema y no en su contenido estético.

En 1942 publica su segundo libro "Signo", que mantiene el  
resplandor de la calidad poética de su obra primera, y su  
estro se nutre con la variada gama de una lírica amato-  
ria pudorosa y nostálgica.

La primera parte del libro está compuesta por nueve poe-  
mas, enumerados cronológicamente, sin denominación algu-  
na. El acento dominante de esta poesía sentimental, es tie-  
no y delicado. El poema marcado con el número V corres-  
ponde a una bella composición que siempre estaba a flor de  
labios del autor, y que ahora no nos resignamos a no copiar-  
la:

"morella viene en las noches  
de las lámparas azules...  
alta visión de misterio;  
cuerpo exbelte sin substancia;  
morella es niebla en el "mar"  
de un sueño de debussy...  
cuando las aves nocturnas callan



SANTA ROSA DE LIMA

Cerca de la Plaza de Armas de esta hermosa ciudad vi-  
riental, primorosamente ornada por el Palacio Pizarro - uno  
de los más lujosos y mejor logrados de América -, por la  
Basilica Metropolitana, vieja catedral que guarda entre sus  
muros los restos del fundador de Lima y de los virreyes  
Antonio de Mendoza, Conde de la Monclova y los del virrey-  
arobispo Rubio de Aunon; por la Municipalidad, moderna  
construcción de estilo colonial; por el Palacio del Arzobis-  
po que ocupa Su Eminencia el Cardenal y por el histórico  
Portal de Botoneros, cuyos arcos, testigos de la época he-  
roica y dorada, nos dicen, entre otras cosas que fueron,  
del conaire y belleza de las antiguas "capas" se halla  
situado en la calle de Santo Domingo el santuario de Rosa  
de Santa María, entre cuyas paredes y jardines, allí por los  
años del 1668 a 1677, floreció la mística y atormentada existen-  
cia de Isabel Flores de Oliva.

Visitar el santuario, formado por la casa, el jardín y la  
Iglesia que perpetúan su memoria, es revivir, en escenario  
propio, el ambiente devoto y creyente del siglo XVI.

Preceden nuestro ingreso recomendaciones de Su Eminen-  
cia el Cardenal y del Nuncio Apostólico. La guarda del Invier-  
to limeño humedece los muros de las "letras" casadas ador-  
nadas con flores y madreselvas. Gracias a esas llamadas  
de hierro oxidado un domo cónico y bondadoso nos reci-  
be detrás de amplia puerta de madera claveteada que da ac-  
ceso al primer patio. Pocos pasos y estamos en la Enferme-  
ría, patio inicial del camino que condujo al cielo a Isabel  
Flores de Oliva.

En este severo salón dividido por dos mamparas, Rosa so-  
corría, siglos atrás, a pobres, enfermos y desvalidos "con  
la ternura de sus manos y el consuelo de sus palabras".  
Aquí el Niño Jesús, cuya imagen se conserva y venera con  
otras reliquias, propiciaba a Isabel milagrosas recetas  
para los males físicos, lo que movió a ésta a llamarla su  
"doloroso". También aquí, respaldada por los años, podo-  
mos contemplar la milagrosa imagen del Crucificado que  
encargara al Venerable Gregorio Mendoza después del terro-  
rismo de 1746 la restauración del Santuario. Caracteriza la  
estancia inquietud modesta.

A mano izquierda del primer patio se levanta en amplia  
habitación, en el mismo sitio en que nació la Santa, una capi-  
ta terminada en riquísimo altar. Aquí el 30 de abril de 1668,  
bajo el Virreinato de Sixto V, día dedicado a Santa Catalina  
de Siena, púgiles loscaas a quien Isabel tomó por madre y  
maestra de su vida espiritual, Rosa vino al mundo integran-  
do el último hijo de un hogar pobre.

El buen se halla poblado de sombras y, entre éstas, nos  
parece ver la transfiguración de la niña de tres años mos-

(Corresponde destacar, que en su último libro "Poemas"  
todo el poema dividido en nueve partes fue publicado con la  
denominación de "morella").

La segunda parte, está formada por buen número de poe-  
mas, de variada temática, donde destacan los poemas de in-  
spiración familiar que discurren en una atmósfera de sensi-  
tiva paternal afectión. Allí, la ternura de la dulce canción y  
el amor paternal es íntim - mensaje de conmovedora revela-  
ción espiritual. "El primer paso de Mercedes", delicada  
composición que exalta el sentimiento por su hija, que hoy  
es una joven e inspirada poeta residente en Uruguay. La  
impecable factura de una parte de este poema, se advierte  
en este par de versos que trasuntan la certera observación  
del padre que siente el crecimiento de los hijos: "si ayer te  
vi silente / ahora te veo tallo".

La inspiración de bogar no se agota cuando en "La Leonar-  
do" habla de su hijo y de sus "ojos tuyos / profundos  
ojos tuyos / que guardan día a día / mi presencia"; o cuando  
en "A la voz de Rolando" nos dice como remate de ternura:  
"yo no tengo principio para ti / y tu voz es mi propia voz...".

El año 1950 se publica "Las Almas" que agrupa tres poe-  
mas extensos principales, y una cuarta de poesías varias.  
Los tres primeros poemas sugieren ya con sus títulos - "Las  
Almas", "En las playas oscuras" y "Contribución al espanto"  
- una temática sombría, sobrecogedora y deprimente, que  
se realiza con efectos de placentero padecimiento, para el  
lector que disfruta de este raro arte funerario, que sugiere  
la representación de un torturante treno o de un anónimo epi-  
táfio, prolongado y conmovedor.

Poesía de sombras y de almas, que forja ese encanto pro-  
digioso generado por el arte, que en veces, promueve dele-  
tación estética en la extraña temática de filiación torturante.

Su último libro "Poemas", publicado en la Biblioteca Pa-  
ña, dependiente de la comuna, sale a la luz el año 1957. En  
cierto modo, es nada más que un volumen que consigna poe-  
sías seleccionadas de la producción de Avila Jimenez. Espe-  
cific de cofre que atesora lo más notable de esa valiosa pro-  
ducción, exaltada pálidamente, ahora, en este trabajo.

Sin duda, la calidad de la personalidad de don Antonio ex-  
cede a la de sus libros. Callado y meditativo, envuelto en el  
grueso abrigo, caminaba pausadamente contemplando todos  
los atardeceres, Su inteligente y solidaria esposa, Hilda Mun-  
dy, era la compañera permanente que enarcaraba el brazo so-  
lido, vigoroso apoyo del poeta taciturno.

Muchas noches que el interés de la tertulia nos acercaba,  
la compañía de algún pisco anónimo de oscura procedencia,  
iluminaba nuestras largas noches de mudanza alegría o de  
sencillez, pero de perenne cordialidad. Y allí, en medio de  
sus fervorosos y atentos admiradores, Don Antonio, como un  
luminoso astro, decía sin vacilación, con acento de ronroneo  
estimulante a la atención silenciosa, los siempre frescos ver-  
sos de su "Morella viene en las noches de las lámparas azu-  
les...". La mirada tolerante y comprensiva de Hilda, apare-  
cía como remate del verso, que acaso se reiteraba, en la voz  
de Don Antonio, una y otra vez, sin perder su encanto y loza-  
nía.

Por sus ojos claros de nórdica coloración, asomaba la  
limpieza de su alma, sosten y guía de una conducta sin de-  
fecto.

El carácter notable de su ser, fue sin duda, su rara bon-  
dad invariable, que fluía espontánea, cubriendo de compren-  
sión los seres vecinos a su amistad.

Afable y cordial, en la moderación y reposo de su espíritu  
introvertido. Fue siempre querido y admirado por quienes  
disfrutaron de la fortuna de su amistad.

Con su muerte sopla un viento inevitable de soledad, y hay  
un sollozo largo por su ausencia.

# LA CANICA PERDIDA

Por LUIS FUENTES RODRIGUEZ

LOS ACTOS. LOS CUADROS. IBah...  
1o.- Decid... contad. No os quedéis en si-  
lencio.  
2o.- El Bosque de los gnomos,  
Gratly y el Viejo.  
3o.- Una Canica para Domio-  
mil.  
Cuando los muebles cro-  
jen.

LOS PERSONAJES.

Domiomil.  
Luri.  
Pronno.  
Tolhon.  
Mércin.  
Ennos.  
Codor.

LOS GNOMOS.

Leñador Uno.  
Leñador Dos.  
Leñador Tres.  
Leñador Cuatro.  
Otros Leñadores.

Una Voz.

El Viejo.  
El Padre.  
La Madre.  
El Pedagogo.

Gratly.  
Dorón.  
Gisel.  
ACTO PRIMERO

EL BOSQUE DE LOS GNOMOS.

Luna llena.

En un claro del bosque arden unos  
leños. Alrededor de ellos siete gnomos  
yacen profundamente dormidos.  
En primer plano y a un ángulo, se  
yergue imponente un árbol, cuyas ra-  
fices forman un puentecillo florido.  
Al foro, entre la umbría, flecos de luz.  
A intervalos, música suave. De pron-  
to, por la rama sendi de un filo, con-  
tinge al rosal, se descuelga Domiomil.

DOMIOMIL. ¡Luri! ¡Luri!... Despertad ya. Por las  
patas del Dios Pan que me tenéis  
preocupado.

¡Padre Domiomil! Vos aquí... Cómo  
habéis llegado hasta este claro del  
bosque?

Y vosotros... Por qué habéis tardado  
tanto?

Es largo de contar, pero dejad que  
despierte a mis hermanos para conta-  
ros todo.

DOMIOMIL. ¡Aguardad! Sentémonos sobre esta raíz  
y dadid qué impresión traéis de los  
hombres.

LURI. Me pedís un juicio que puede compro-  
metter el criterio de los demás (SE-  
ÑALANDO A LOS GNOMOS).  
DOMIOMIL.

¡Bah...! Decid... contad. No os quedéis en si-  
lencio.  
LURI. Pues, los hombres son unos tontos, o  
son unos locos, o han perdido el senti-  
do de la vida.  
DOMIOMIL. Qué decís?  
LURI.

Lo que digo. Son... Serán malos? Te-  
néis que saberlo vos que habéis vivi-  
do más que nosotros.  
DOMIOMIL. No lo sé.  
LURI. Pues... Ved... No preciso el modo de  
contároslo todo.  
DOMIOMIL. Pasad por alto todos los detalles y a-  
garrad la liebre.  
LURI. La liebre?...  
DOMIOMIL. Bueno. Es un decir...  
LURI. Cuando llegamos a la ciudad los hom-  
bres no quisieron saber nada de noso-  
tros. En realidad, no se enteraron si-  
quiera de nuestra presencia. Todo es-  
fuerzo para llegar hasta ellos no dió  
ningún resultado.

DOMIOMIL. Desde el Fresno hasta la gruta del con-  
cilio, en el lomo de un cervato; desde  
el río hasta la castañeda, a pie; y des-  
de la grieta de Pan hasta aquí en alas  
de una mariposa.  
TOLHON. No os dijimos que os quedaríais en casa?  
DOMIOMIL. Me lo dijisteis, pero es tan aburrido  
quedarse solo en casa... Pero basta  
ya de preguntarme tanto y apurados en  
levantaros, que tenemos que caminar  
mucho hasta nuestro hogar. Otro día  
volveremos a la ciudad, cuando nues-  
tro espíritu esté más fortalecido para  
enseñar al hombre la belleza de la vi-  
da, del ensueño que ha perdido y que  
nosotros debemos devolver.

LURI. Juri me ha contado todo. No os daís  
por vencidos, la victoria final será  
nuestra. ¡Claro está!

¡Aguardad! ¿Qué no haya nada  
que pueda indicar el camino que se-  
guimos.  
MERCIN. Echad agua a la tumbra.

LURI. Vamos ya.  
ENNOS. Conozco mejor estos parajes.  
CODOR. Vamos, vamos.

LURI. Sí, sigamos el camino del ensueño, que  
por el otro lado se va al país del en-  
canto.

se levanta ahora una usina de luz. El  
abra ha desaparecido.  
DOMIOMIL. Qué estáis diciendo?  
LURI. Y el jardín de los druides es ahora  
un campo de concentración. Los hombres  
como los lobos se matan entre ellos;  
pero antes ensombrecen la muerte y  
la hacen horrible. ¡La muerte! Es otra  
invención que acecha el bosque.

DOMIOMIL. Seguid, contadlo todo.  
LURI. No encontramos ni un solo niño en la  
ciudad...  
DOMIOMIL. Es horrible.  
LURI. Basta, ya. Permitid que despierte a  
los demás. Huyamos, madre Domio-  
mil. (Gritando) Hermanos: Mercin, Tol-  
hon, Pronno, Codor, Ennos... ¡Desper-  
tad ya!

TOLHON. ¡Eh!  
MERCIN. Padre Domiomil...  
ENNOS. Vos aquí?  
CODOR. Cómo llegasteis hasta aquí?  
DOMIOMIL. Desde el Fresno hasta la gruta del con-  
cilio, en el lomo de un cervato; desde  
el río hasta la castañeda, a pie; y des-  
de la grieta de Pan hasta aquí en alas  
de una mariposa.

TOLHON. No os dijimos que os quedaríais en casa?  
DOMIOMIL. Me lo dijisteis, pero es tan aburrido  
quedarse solo en casa... Pero basta  
ya de preguntarme tanto y apurados en  
levantaros, que tenemos que caminar  
mucho hasta nuestro hogar. Otro día  
volveremos a la ciudad, cuando nues-  
tro espíritu esté más fortalecido para  
enseñar al hombre la belleza de la vi-  
da, del ensueño que ha perdido y que  
nosotros debemos devolver.

LURI. Juri me ha contado todo. No os daís  
por vencidos, la victoria final será  
nuestra. ¡Claro está!

¡Aguardad! ¿Qué no haya nada  
que pueda indicar el camino que se-  
guimos.  
MERCIN. Echad agua a la tumbra.

LURI. Vamos ya.  
ENNOS. Conozco mejor estos parajes.  
CODOR. Vamos, vamos.

LURI. Sí, sigamos el camino del ensueño, que  
por el otro lado se va al país del en-  
canto.

TELON

# EL SANTUARIO DE SANTA ROSA DE LIMA

Por ALBERTO VIRREIRA PACCIERI

trando su rostro ante los familiares estupefactos por el pro-  
digio, cubierto por una rosa, nombre que fue confirmado a  
los cinco años de edad por aquel otro santo limeño, entonces  
Arzobispo en Quiva, Toribio Alonso de Mogrovejo. En este  
apostólico empleo Rosa días y noches sus delicadas manos en  
la fabricación de primeros encajes y bordados, con cuyo  
producto ayudaba a sus padres. Conservase aún la ventana  
a través de la cual la Santa alternaba con sus piadosos veci-  
nos.

Trazando una viga de hierro damos con el pozo, en  
cuyo fondo, según la tradición, Rosa arrojó la llave de su ci-  
licio. Desde hace siglos los devotos depositan en el petico-  
nos escritas que anhelan obtener por su intercesión.

Continuando por la senda central ingresamos al jardín.  
Dentro de los pequeños cercos los dominicos siguen cul-  
tivando rosales para adorno de templos y altares. Por estos  
mismos senderos Rosa debió pasar muchas veces, unas con  
florecillas en las manos y otras con la cruz entre sus hom-  
bros visitando el hábito de terciaria.

Perfuma el ambiente delicado olor a rosas que nos trae a  
la memoria los versos del eminente poeta y diplomático Luis  
Fernán Cisneros en el mayor elogio lírico hecho hasta hoy  
a la mística limeña:

"Hace trescientos años el jardín florece  
y lleno de perfumes florece todavía.  
Era un jardín cerrado  
al placer de la vida y al dolor del pecado,  
rincón hecho de sueños, oculto a la inclemencia,  
jardín que era una lira  
que vibrando muy quedo, como alma que suspira  
con ayes de ternura  
llevaba sus acordes a la cénitica altura  
por un blanco camino.  
Era un jardín oculto, cerrado y prisionero  
que temblaba en la noche con un hilo divino  
y era una blanca sembradora que arrojaba en su sendero..."

En este mismo sendero que atravesamos, sembramos en ma-  
no, llenos de unión religiosa, vio hace trescientos años  
palidez del rostro de Isabel, su endoble cuerpo atormentado,  
su abstinencia y sus ayunos. Esta tierra recibió la sangre de  
su cuerpo martirizado por la corona de clavos que cubra su  
frente y, en muchos de estos lugares debió caer, más de una  
vez, desfilada.

En severo reto a los siglos, protegida por mármoles y  
cristales, conservase aún la Ermita de barro y cañas que en  
1614 la fervorosa amante de la soledad fabricó con sus pro-  
prios manos. En la esquina, cubida de cuajidos de ahuco, cin-  
co de largo y seis de alto, cuyos muros muestran aún la mar-  
ca de sus dedos, la santa lavó sus colojos con Dios que la  
llamaba para hablarla al corazón y unirse así más íntima-  
mente con ella. Rosa, con licencia de su confesor el Rvdo.  
Padre Lorenzana, permanecía aquí horas y horas en oración,  
ajena al mundo, escuchando la dulce voz del Altísimo.

Tocamos las paredes del refugio en el que difícilmente ca-  
bamos y en el cual la Santa y su celestial esposo "cabían hol-  
gadamente". Parece flotar en la atmósfera un arrebatado es-

píritu. El dominio que nos guía informa que en varias opor-  
tunidades la Ermita fue revestida con maderas finas labra-  
das y que, en su tiempo, el Marqués de Casa Concha la man-  
dó cubrir con riquísimas láminas de plata.

En el centro del jardín se levanta un obelisco que perpe-  
tua el recuerdo de un milagro obrado por Rosa y repetido en  
diversas épocas, cuyo gráfico se halla grabado en una placa  
de bronce de 1760. Los mármoles laterales signan los datos  
históricos de la vida de la santa y de su santuario. De este  
sitio, sin que nadie pueda dar explicación al fenómeno, que  
se torna en milagro, sale una exquisita fragancia de rosas...

Incrustada en una pared del jardín una urna contiene los  
troncos del naranjo y limonero, mustios testigos de la vida  
y milagros de la santa.

Después de la Ermita que acabamos de visitar, la Ceja de  
Santa Rosa es, quizá, uno de los monumentos más impor-  
tantes que se conservan. Estancia enladrillada, húmeda y  
obscura. Tomamos asiento en lo que queda de la silla que fue  
de Rosa, de la cual, en el transcurso de siglos, los devotos  
han desprendido no sólo tapiz y espaldas sino hasta astillas.  
¡Cuántas evocaciones sugiere esta pieza con puerta y ven-  
tanas de maderas torneadas! Por la disciplina y el ayuno, Rosa  
llegó aquí a la más heroica santidad y a la cima más encum-  
brada de la perfección cristiana. En esta habitación malogró  
su hermosura, consumió su cuerpo con fiebres malignas y  
"para que no faltara a esta Rosa sus espaldas", coronó su ca-  
beza con agudos y penetrantes clavos. Conservase todavía a-  
quél de donde se colgaba de los cabellos con el propósito de  
no dormirse en la oración. Reflérese que cierto día el Señor  
de los Favores vióndola casi agonizante, descolgó su brazo  
y le dio de beber la sangre de su costado derecho. Una de las  
paredes ostenta, en pequeño cuadro, la carta original que es-  
cribió a Dña. María de Urteaga, esposa de un chocolate en-  
viado a la Santa, obsequio previamente anexo a su madre por  
la desfilante virgen. Otro exhibe su mascarilla en el  
lecho de muerte, obra del pintor italiano Angelino Medoro,  
contemporáneo de Rosa.

Hace trescientos años esta habitación llenóse de luz cele-  
stial y de divina gracia. Aquí Rosa desayunaba con miel;  
aquí supo del amargo sabor de las hojas de granadilla y, en  
este mismo aposento, sumido hoy en el silencio, habieron en  
otra época cílicios y disciplina que desgarraron su carne.  
Frente a la puerta está su lecho de piedras y espinos, ingre-  
nientos artificios de mortificación, sobre los cuales, vistien-  
do grosero fardo, Isabel alejaba el sueño.

El muro del fondo exhibe un fresco que reproduce la terri-  
ble cama que para Rosa fue verdadero instrumento de tortu-  
ra y sobre una pequeña mesa la imagen de la Purísima Con-  
cepción que le perteneciera y que, de acuerdo con la tradi-  
ción, continúa, año tras año, visitando el Palacio de los pre-  
sidentes del Perú.

En compañía del Rvdo. dominico abandonamos la casa que  
se cierra con doble llave volviendo a sumirse en sombras y  
pasamos a la Iglesia, levantada en el antiguo solar de D.

Gonzalo de la Maza, en cuya casa falleció Rosa el 24 de  
agosto de 1617.

Esta Iglesia es la primera que por Real Cédula de 1670 se  
erigió en el mundo en memoria de la Santa. Ayudaron en su  
construcción el Marqués de Castelfuerte, el Inquisidor Mayor  
D. Gaspar Báñez y el Marqués de Casa Concha. Los palnos  
fueron hechos por Fray Diego Maroto de la Orden de Santo  
Domingo y Maestro Mayor de Reales Fábricas. Su interior  
es esbelto y de notables condiciones acústicas. Lo forman  
un altar mayor y dos laterales en un crucero de estilo gre-  
co-romano. El primero ostenta "La apoteosis de Santa Ro-  
sa" obra del famoso pintor peruano del Pózo. El de la iz-  
quierda exhibe, en relicario de plata, una cruzceta de ma-  
dera de laurel, una tibia y un mechón de la cabellera de la  
Santa; otro contiene una cruz con pías de hierro que Rosa  
llevó clavada al pecho hasta su muerte; otra tibia y el anillo  
de sus desposorios místicos con Jesús y, por último, la coro-  
na de plata, también con pías, con que Rosa circundó sus sie-  
nas desde el día en que tomó el hábito de terciaria. Comple-  
ta estas la imagen del "Doctorello". En el altar de la dere-  
cha se halla el famoso cuadro de la Virgen de Belén, pinta-  
do en bronce, atribuido a Rafael, que perteneció al oratorio  
del contador del Virrey, don Gonzalo de la Maza. Ante él so-  
lía orar Rosa y, en cierta ocasión, el Niño Jesús volvió la ca-  
beza para mirarla, prodigio que ha sido debidamente auten-  
ticado por autoridad eclesiástica.

El cráneo de Rosa de Santa María que evidencia su peque-  
ño rostro oval, se exhibe anualmente cada 30 de agosto, or-  
nado por rosas de oro puro, en la Iglesia de Santo Domingo.  
El padre dominico ya en la calle nos relata los pormeno-  
res de la gloriosa muerte de la santa y se expresa en datos  
del santoral limeño con Toribio de Mogrovejo, Fray Geróni-  
mo de Loalza, Juan Masías y Martín de Porres.

El cielo se ha despejado un tanto. Los porrones se posan  
en los jacarandas y buganvillas.

Rosa de Santa María, Patrona de América, con el hábito  
blanco y negro de Domingo de Guzmán se esfuma en el cielo.  
La tierra, al beso del sol, parece alegrarse por la custodia  
de sus santos restos, mientras un suave repicar de cam-  
panas de la cercana Iglesia de las Nazarenas - donde se venera  
la famosa Señora de los Milagros - nos torna, nuevamente, a  
la realidad de este mundo.

N. DE R. - Respondiendo a la piadosa iniciativa de la distin-  
guida dama doña María Fernandini de Alvarez Calderón, Pre-  
sidente del Comité Pro-Basilica de Santa Rosa, cupo al autor  
de este artículo, en su carácter de Encargado de Negocios en  
el Perú, el 27 de agosto de 1944, depositar tierra boliviana  
como símbolo de fraternidad americana en la solemne cere-  
monia pública de colocación de la primera piedra de dicha  
Basilica, ceremonia que fue honrada con la asistencia del Pre-  
sidente Manuel Prado, el Nuncio Apostólico, las fuerzas ar-  
madas, el Cardenal, el Cuerpo Diplomático, instituciones reli-  
giosas y numerosos devotos de la Santa en el Continente  
que con ese motivo, se constituyeron en la ciudad de los  
virreyes.





# POTOSÍ Y SU HISTORIA

Por DOMINGO FLORES L.

- 17) El Precursor por Manuel Frontaura Argandoña.
- 18) Cuando Vibraba la Campana de Plata por Enrique Viana.
- 19) En las Tierras del Potosí por Jaime Mendoza.
- 20) Diccionario geográfico de Potosí, Potosí Histórico, La Mita, Alonso de Baños y otros folletos por Luis Subieta Sagárnaga.
- 21) Varias publicaciones de la Orden de San Francisco por Fray Angélico Martarelli, Bernardino de Nino y otros.

Han contribuido también con valiosos estudios Dn. José de Mesa y su señora Teresa Gisbert; Enrique Marcos, Srta. María Helmer; Martín Noel;

Mucho tiempo se ha discutido el verdadero nombre del autor y por cierto no era tan fácil dilucidar, sobre todo cuando los mismos esposos Mesa, anotan que: "El nombre del autor que se halla al pie está aparentemente corregido, lo que da lugar a diversas interpretaciones"; mas, sobre el particular, el investigador potosino Mario Chacón Torres, acaba de publicar el documento fehaciente obtenido de los Archivos parroquiales de la Iglesia Matriz de Potosí que indica que el nombre de Bartholomé de Orsua y Vela es el evidente.

Con la publicación del monumental libro en cuatro tomos de 600 páginas cada uno a doble columna cuidadosamente editado por cuenta de la Brown University Providence Estado de Rhode Island, donde se encuentra una copia, el ilustre Profesor Lewis Hanke, ha Armand Albas Adolfo de Morales; Gunnar Mendoza; Gonzalo de Gumucio; Guillermo Ovando Sanz; Mario Chacón Torres.

Y sin embargo su verdadera historia falta escribir y es el ilustre Profesor Lewis Hanke, el más interesado para efectivizarla. En este empeño, desde hacen años ha visitado los más diversos archivos y bibliotecas del exterior y del país; examinando cuanto publicación hay al respecto, habiendo visto entre los trabajos inéditos dos tesis doctorales: una de la Srta. Cwandelin Ballantine Cobb de la Universidad de California con interesantes datos y otra de Antonio Artoia y Guardiola con el título de Notas para una Historia de la Villa Imperial de

Potosí, presentada en 1909 a la Universidad de Madrid.

Pero, de todas las obras faltaba publicar la principal que en original manuscrito, guarda cuidadosamente bajo los Nos. 2065 y 2066 la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, con el título de "Historia de la Villa Imperial de Potosí, Riquezas incomparables de su famoso cerro. Grandezas de su magnánima población. Sus guerras civiles y casos memorables. Por don Bartholomé Arzans de Orsua y Vela. Natural de dicha Villa" que consta de dos volúmenes de 567 y 172 folios respectivamente escritos a dos columnas con letra del siglo XVIII, cual acreditan don

José de Mesa y Srta. Teresa Gisbert en su publicación "Noticias para la Historia del Arte de Potosí" separada del Tomo VII del Anuario de Estudios Americanos, Sevilla 1951. Esta joya bibliográfica había sido ya hallada por Hanke en 1933.

realizado una labor de indiscutible magnitud.

Hanke, eminente historiador, después de sus numerosos trabajos sobre la historia de las Indias y Bartolomé de las Casas, se dejó cautivar con la apasionante vida de la ciudad de las tradiciones; la visitó por vez primera en 1935 y de esa fecha, data su admirable tarea investigadora para escribir su historia. A este fin persigue plasmar en realidad la reunión de un Congreso Mundial de Historiadores extranjeros y bolivianos, en Potosí en abril de 1968. Muy merecidamente pues, la Municipalidad de Potosí, le ha declarado en acto solemne "Ciudadano Honorario de la Villa Imperial".

Para justificar sus afanes, el historiador norteamericano nos dice: "Ninguna ciudad sobre la vasta faz de las Indias occidentales, ganada por el Rey de España -excepto México acaso- ha tenido un curso más agustivo o más importante que Potosí en el Virreinato del Perú. La colorida historia de esta ingente montaña de plata comienza cuando el Inca Huayna Capac quiere excavar: casi un siglo antes que lleguen los españoles. Cuenta la leyenda que un ruido terrible le paralizó y que una voz misteriosa le ordenó en quechua: "No saques la plata de este cerro que está destinada para otros dueños". Los conquistadores no escucharon en 1545 un mandato semejante al ser anotados sobre el rico mineral argentífero por unos indios que le habían descubierto accidentalmente y es indudable que aun escuchándolo no habrían vacilado en reputarse dueños absolutos en derecho. Comenzaron pues a trabajar de inmediato al Potosí que iba a ser uno de los minerales más celebrados en la historia del mundo."

# ACERCA DE LA GENIAL HIPOCRESIA, DE MURILLO

Por CARLOS CASTAÑÓN BARRIENTOS

Fresca todavía la tinta usada en la impresión de la obra "Historiografía boliviana" - sin disputa el libro nacional más importante del año 1966-, su autor, Valentín Abecia Baldovino, nos ha ofrecido una nueva producción, LA "GENIAL HIPOCRESIA" DE DON PEDRO DOMINGO MURILLO (Ed. Novedades, La Paz, 1966 104 páginas), estudio de interpretación histórica de los hechos que configuran aquello que se ha dado en llamar la "irración" del caudillo de la revolución paceña de 1809.

Como se sabe, los días 10 y 2 de octubre de 1809, Murillo, a la sazón jefe del levantamiento de La Paz, dirigió a los realistas Goyeneche y Francisco de Paula Sanz sendos oficios, en los cuales, a tiempo de protestar fidelidad al Rey, ponía a su disposición las fuerzas revolucionarias de la ciudad y la provincia toda.

Abecia Baldovino destaca que estas comunicaciones fueron calificadas de "irración" por los escritores Alcides Arguedas, Rigoberto Paredes, Jorge Delgadillo, Samuel Oropeza, Agustín Ilurricha y otros. En cambio, Isaac S. Campero y Luis F. Jemio negaron el cargo con indignación, tachándolo de caumoso y señalando que no existen pruebas suficientes que abonen la tesis de la "irración". De otro lado, anota Abecia Baldovino, escritores como Manuel María Pinto, Manuel Ordóñez López, Luis S. Crespo y Enrique Finot, han guardado un extraño silencio sobre el particular, como si hubiesen pretendido esquivar el tratamiento del asunto, en verdad delicado y controvertido.

Sometiendo aquellos dos documentos a riguroso análisis crítico, Abecia Baldovino interviene en el ardiente debate histórico e intenta establecer con criterio propio si hubo o no "irración". En este empeño estudia la "estructura histórica singular" de la conducta de Murillo, esto es, los motivos que pudieron inducir al caudillo paceño a escribir los oficios que dirigió a Goyeneche y Paula Sanz.

Abecia Baldovino realiza en primer lugar la "crítica de la autenticidad" de ambas comunicaciones y arriba a la conclusión de que ellas, efectivamente, fueron escritas por Murillo y enviadas a sus destinatarios.

Pero, en atención a que "pueden haber testimonios auténticos que no digan la verdad", Abecia Baldovino investiga la veracidad de los oficios. O sea que luego de establecer la autenticidad de forma, indaga por la autenticidad de fondo. ¿Fue Murillo sincero en los oficios? ¿En, en efecto, a entregar las fuerzas revolucionarias al enemigo? Este viene a ser el punto central de la investigación, tanto, que en cierto modo la etapa siguiente resulta ser de mera comprobación, de verificación en el momento histórico de lo ya verificado en la segunda etapa del proceso crítico.

Fundándose principalmente en la carta de 6 de febrero de 1810, escrita por el obispo La Santa, Abecia Baldovino llega a la conclusión de que en los oficios, Murillo no dijo la verdad, ya que al redactarlos la intención del caudillo no fue deponer las armas sino ganar tiempo a los realistas "para retirarse a Yungas en su afán de combatir a la monarquía".



Obtenido este resultado, el autor da un tercer paso, consistente en colocar el testimonio dentro de la estructura histórica, "buscando las relaciones de dependencia entre las fuentes con objeto de hacer comprensible el acontecimiento en su conjunto". Esta es la crítica hermenéutica o de interpretación. Para llevarla a cabo, Abecia Baldovino reconstruye hábilmente el momento histórico y encuentra que en los dramáticos días en que la revolución paceña se desarrollaba ante el silencio de los demás distritos y la proximidad del enemigo, quedaban solamente dos caminos para salvar la causa: uno era el heroico de luchar por la revolución hasta el sacrificio final, y otro negociar con Goyeneche, para ganar tiempo y seguir la lucha en mejores condiciones organizándose en Yungas. Murillo dice Abecia Baldovino y llega así a la culminación de su trabajo, escogió el segundo camino, que fue el que con menos partidarios

(Pasa a la página 4)

El 10, de abril de 1545, Dn. Diego de Zenteno, Capellán de su Majestad Carlos V, en compañía y en presencia de los "Capitanes Dn. Juan de Villarroel, Dn. Juan Centeno, Dn. Luis de Santandía y del Maestro de Campo Dn. Pedro de Cotamito y otros españoles y naturales del lugar en número de 75", estacó y se posesionó en el famoso Sumack Orcko, de la primera mina argentífera a la que la llamó "La Descubridora"; suscribiendo un acta memorable registrada en Chuquisaca el 21 del mismo mes.

Desde entonces, Potosí la ciudad que se halla a más de 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, pervive gracias a sus ingentes riquezas que asombraron al mundo y que hoy mismo contribuyen en gran escala a las arcas del erario nacional. El auge de sus minas fue de tal magnitud que, el Emperador Carlos V en fecha 28 de enero de 1547, le otorgó el título de Villa Imperial y su primer escudo de armas. Más tarde el Virrey don Francisco de Toledo, plantificó la ciudad, mandó construir las famosas lagunas y cimentó la prosperidad del trabajo, dándole a su vez el actual escudo con esta leyenda: "Cesaris Potentia, Pro Resia Prudentia Iste Excelsus Mons et Argentus Orbem Debelare Valent Universum".

Su significado en la historia es de trascendental importancia ya que a su influjo, se labró la grandeza y poderío de España y otros pueblos. Como dice el escritor argentino Carlos Bosque "Aquel famoso cerro y la riqueza que de él emanó durante varios siglos es el generador de toda la prosperidad sudamericana".

Fue la ciudad de tradiciones y leyendas y sobre sus acontecimientos se han escrito numerosos libros, entre los que nos cabe citar los siguientes:

- 1) Historia de Potosí (1565) por Luis Capocha (Edición española).
- 2) Anales de la Villa Imperial de Potosí por Bartolomé Martínez y Vela.- Archivo Boliviano por Vicente de Ballivián y Roxas.- París A. Franck, F. Viewegweg 1872.
- 3) Castellanos y Vascongados, publicado por Z., en Madrid el año 1876.
- 4) Guía de la Provincia de Potosí por Pedro Vicente Cafieta y Dominguez, Editorial Potosí 1952.
- 5) La Villa Imperial por Julio Lucas Jaimes (Brocha Gordá).



# PAISAJE KOLLA

Por RAUL BOTELHO GOSALVEZ

Seiscientos kilómetros ventosos, azulescos, brutalmente extendidos a los cuatro puntos cardinales, como Tupaj Katari a los cuatro bestias del Colónaje, galopan las cordilleras. Son dos enormes tropeses cuyas filosas crestas se encajan como puñales en la blanda y celeste carne del universo.

Al hallar en la maciza espalda de Bolivia, separados en un "divortia petrarum" de la estampida tectónica original, cegados por el hielo polar del sud, corren en horrenda y cósmica desesperación a lo largo del altiplano kolla, y dejan huella honda, profunda sima, llaga feroz, en la carne terrestre, que por sus desgarrones mana ríos y sangre verde sobre los llanos y salvas.

En Villcanota de nuevo se une la titanomaquia andina para seguir su ciega marcha hacia el cálido y henchido vientre ecuatorial del mundo.

En el loco galope están los machas de albos lomos e ijares azules: Illimpu, Illimani, Jakana, Sajama, Choralque, Tata Sabaya, "unari; ahí las yeguas indómitas que ondulan su crin relampagueante y crisan sus corvejones de hielo, algunas de ellas preñadas por secreta lava: Cotatitico, Mururata, Guadalupe, Asanaques, Huayna Potosí, Chacaltaya.

Paralelas van las dos tropas, corriendo de sur a norte, atropellándose en la dilatada planicie de la puna, llenando con sus briosos corcovos todo el ámbito cimero. El trueno es su relincho inverosímil. El ventisquero su helado resopido. El glaciér su espumoso beño. Su sudor, el torrente. Y el rayo es látigo sobre estas trapillas salvajes, que levantan polvo de nubes en sus seiscientos kilómetros de marcha sobre la ruda longitud del altiplano.

La llanura es bárbara, elemental como la línea recta. En ella señorea la ancha voz del viento, despota feudal que violenta con su mano dura y vellosa el sagrado pubis de la Pacha Mama, y la siembra de piedras estériles, como queriendo matarle su fecundidad.

Hay un viento negro que toca eternas marchas funerales frente a las murallas de la cordillera; hay otro viento gris que soplando un invisible "pututu", levanta trompetas de furia junto al redoble del tambor del granizo; y hay también un viento blanco, suave como un "yaravi", que ameniza la dulzaina de las nevadas.

Mirando desde la altura que sólo alcanza a golpe de alas el potente Córder Mallku los vastos girones de puna que no fueron violentados por el tumor de los cerros, se avisa una dilatada "aguaya" indio de colores con estrías de agua dulce. Los verdes girones son los pastaderos, los azules los lagos Titikaka, Poopó, y Coipasa, festoneados por un esmeraldino y tímido encaje de totoraes, el blanco que deslumbra son los salares, tendidos como sudarios sobre la tierra que murió de sed, el amarillo intenso, los pajonales punzantes, erguidos en rígidos mechones como hacas de lanzas, el verde oscuro, los sembríos de papas y habas; el ocre rojizo, la cañawa, el amarilliso lo quinwa, y el de oro intenso, los trigales maduros, los rizados cebadales y avenales.

Para todos estos colores se repliegan ante el infinito grisáceo, ceniciento parche de la tierra, brotada de piedras y de abandono.

Sobre este altiplano desnudo como una página en donde los analfabetos gerifaltes de Iberia escribieron la palabra "Prólogo" con sangre de indios, cielo y tierra se juntan como las tapas de un libro. Anonadan la fantasía, aplastan al intruso. Es por eso que la humanidad que habita este contomo que guarda su estaturaprimigenia, se petrifica para no sucumbir, adquiere una parquedad casi inorgánica para perdurar, un existencialismo casi lítico.

¿Cómo no sentir asfixia al respirar el aire reservado a los gigantes de roca y hielo? ¿Cómo no sentir que las pupilas se contraen, el pensamiento se hunde en una tiniebla prehistórica llena de perplejidad y el corazón vacila, si este paisaje masculino sólo puede caer en el cristal helático, duro como el cuarzo y la obsidiana, del hombre andino habituado a su fuerza? Corazón de toro, pulmones de bronceas fuelles, eso tiene el kolla para no sentir "sorojche", mal de la grandeza andina, mal de las alturas.

Venga el hombre de la costa, valle, llano o selva, con sus herencias de blandas dinastías, esta feroz elementalidad del altiplano ha de morearlo, moldeando entre piedras molares su suave arcilla.

Este es el altiplano. Aquí viven los indios, tervos rumiadores de una intimidad amedrentada por los genios telúricos, con sus vidas opacas para de raíz profunda, y también los neo-indios, los que atropados por este escenario de fascinación y de inmóvil violencia, golpean su dolor de cada día contra la indiferencia inhumana de las rocas.



(Viene de la página 1)

estimando: "Por donde tenemos por cosa muy útil y necesaria el que en esta ciudad se funde la dicha universidad, así por la comodidad de los hijos de la tierra como por la autoridad de ella..." (7). A tiempo de expedirse el acuerdo citado, seguramente ya se encontraba en Chuquisaca el P. Frías Herrán, en vista de que apenas once días después firmaría el documento base de la erección de la Universidad.

Con tales antecedentes, el Provincial de los Jesuitas dio su famosa patente de fundación en 27 de marzo de 1624. "Y con este objeto - dice Luis Paz - vino a Chuquisaca el padre provincial Juan de Frías Herrán, autorizado con dos títulos excelso de la más amplia autoridad y preeminencia, cuales eran una bula pontificia y una cédula real" (8). La nueva Universidad fue creada bajo la advocación y el patronato de San Francisco Xavier, apóstol de las Indias Orientales. En el documento de referencia el P. Frías impartió normas generales para su funcionamiento, designando al Rector y cuerpo de catedráticos, fijando las cátedras que se dictarían y los grados que serían conferidos y dando el sello y las armas de la universidad. Así fue designado Rector el P. Luis de Santillán y Prefecto de Estudios el P. Ignacio de Arbieta. El claustro de profesores quedó integrado por los padres Francisco Lupercio, Miguel de Santazar, Fernando Reiman, Federico Tornabona y Francisco de Morales. Como Secretario ocupó esas funciones el Escribano Alonso Fernández Michel. Se instituyeron siete cátedras: dos de Teología Escolástica (de Prima y de Vísperas), una de Teología Moral, una de Artes y Filosofía, dos de Latín (una de Mayores y Humanidad y otra de Mediano y Menores) y una de Aymara. La universidad quedaba facultada para otorgar los títulos de Bachilleres, Licenciados y Doctores. Su sello llevaría, en la parte superior derecha, las armas del rey, en la parte superior izquierda, la efigie de San Francisco Xavier y, en la parte inferior las armas de la ciudad (9). El Colegio de San Juan Bautista funcionaría como anexo a la universidad.

A tiempo de meditar sobre la erección de la Universidad de Chuquisaca bulla, ciertamente, en la mente del P. Frías Herrán el espíritu de la época. De ahí la orientación que imprimió a su obra, con lo que resultan por demás evidentes las palabras de Guillermo Francovich al respecto cuando afirma: "Al fundarse, la Universidad de Charcas era una facultad de filosofía y teología. Los estudios de jurisprudencia, como veremos luego, aparecieron un poco más tarde. La Universidad nació para dar a los estudiantes una cultura universal, no aquella que habilita para una determinada actividad profesional sino la que forma el espíritu dándole el conocimiento de los grandes problemas del mundo y de la vida" (10). En un sentido más general, Luis Alberto Sánchez sostiene el mismo punto de vista: "La Universidad Colonial, hija de la Salmantina fue una institución completa de acuerdo con las normas de su tiempo. Todas sus actividades giraban en torno de una idea central: la de Dios de una Facultad nuclear: la Teología; de una preocupación básica: salvar al hombre" (11). O sea que la Universidad de San Francisco Xavier - la sexta en crearse en América de acuerdo con los datos de la cronología - fue una institución que respondía perfectamente a las concepciones ideológicas de la época, importantes sobre todo en España. No se le podía exigir más, porque de ser así hubiera rebasado, en franca contradicción, los marcos históricos dentro de los cuales había nacido.

Pocos días después de firmar la patente de erección el P. Frías Herrán se ausentó de Chuquisaca. Esto resulta evidente ya que no consta su presencia en el acto de posesión del nuevo Rector, efectuado el 15 de abril. A esa ceremonia asistieron las más altas autoridades eclesásticas y civiles de la ciudad, los estudiantes de los Colegios de Santa Isabel de Hungría y de San Juan Bautista, los profesores y funcionarios de la nueva universidad. En el acto tomó posesión de su cargo y de los edificios destinados a la universidad el Rector P. Luis de Santillán, abriendo la matrícula para los primeros estudiantes. En seguida el P. Federico Tornabona dictó una clase magistral, refiriéndose a ciertos aspectos de la obra poética de Virgilio. Antes de la clausura el Rector notificó a los estudiantes que la matrícula quedaba abierta por el término de seis días. De esa manera la Universidad de Chuquisaca entró a funcionar inmediatamente.

La noticia de la creación de la universidad se extendió por todas las colonias. Se suscitaron, entonces, controversias de diferente índole, promovidas por los rectores y profesores de otras universidades que no vieron con buenos ojos dicha fundación. Es natural que el P. Frías Herrán, ya en Lima, tuvo que afrontar esas impugnaciones defendiendo la obra realizada, particularmente las que venían de México y de la propia capital virreynal (12).

Antes de retornar desde Chuquisaca hasta la sede de sus funciones, el fundador de la universidad dejó redactadas las primeras Constituciones de la misma, "que pueden considerarse como la expresión de las ideas de su tiempo, en orden al gobierno y disciplina de los establecimientos literarios y más genuinamente, como el reflejo del rígido sistema de educación implantado por la Compañía de Jesús en todos los que en esa época tenía bajo su dirección" (13). La promesa de dotar a la universidad de estas importantes reglas fue expresada en la propia patente de fundación. Efectivamente, en uno de los acápites de la misma el P. Frías Herrán sostenía: "Y para ganar cursos los estudiantes, se han de matricular primero ante el secretario de la universidad en el libro de las matrículas, según se declara en las constituciones, que para el gobierno de la universidad delo hechas y ordenadas en cuaderno apar-

te, firmadas de mi nombre y selladas con el sello de mi oficio. Las cuales se han de guardar y cumplir en todo y por todo. Y en los casos y cosas que no estuvieren contenidas, decididas y declaradas en ellas, se ha de recurrir a las constituciones de Lima, que así mismo tengo escritas de molde en libro aparte, las cuales doy y señalo juntamente por constituciones de esta universidad, para que se este y pase por ellas en lo que no fueren contrarias a las que yo dehe hechas y ordenadas" (14). Vale decir que, en materia de régimen interno, la universidad quedaba sometida a un doble ordenamiento: las Constituciones del P. Frías y las Constituciones de la Universidad de San Marcos de Lima, estas últimas vigentes para casos no previstos en las primeras.

Las Constituciones del P. Frías Herrán se conservan en la colección de documentos existente en el Archivo de Sevilla y han sido publicadas en los extractos originales del P. Pablo Pastels S.I. De acuerdo con la anotación que consta en dichos expedientes, las constituciones fueron legalizadas ante los tribunales respectivos de La Plata en 27 de agosto de 1628. El resumen más completo de las mismas lo debemos al escritor Luis Paz.

En algunos aspectos las Constituciones reiteran lo ordenado por la patente de fundación añadiendo otros asuntos relacionados con los horarios de estudio, forma de otorgar los grados, atribuciones de las autoridades universitarias, obligaciones de los catedráticos y estudiantes, apertura de las matrículas, etc.

De acuerdo con las Constituciones la universidad estará dirigida por el Rector o el Vicerrector en ausencia del primero. Aquel tendrá las siguientes atribuciones: atender el gobierno general de la universidad, convocar a reunión de los doctores y profesores cuando se estime conveniente, conceder grados, presidir los actos oficiales, recibir las presentaciones de los aspirantes a un grado, despachar solicitudes para optar a grados y recibir el juramento de incorporación y grado.

El Prefecto de Estudio estará encargado de la supervigilancia general de la enseñanza. Entre sus atribuciones se señalan: recibir, con el Rector, las presentaciones de los aspirantes a un grado, asistir a los actos oficiales y designar a los profesores que arbitrarán en los exámenes de grado. Serán también funcionarios de la universidad el Secretario, designado por el Rector con cargo de ratificación por el Provincial y encargado de retener los sellos, atender el despacho oficial y cobrar los derechos de la universidad; el Receptor, que correrá con el libro de entradas y salidas y los Bedeles, que custodiarán de la limpieza de los establecimientos y notificarán a los profesores para los diversos actos.

Según las mismas Constituciones la matrícula para los estudiantes será abierta cada año por el término de cuarenta días, procediendo las inscripciones posteriores solamente con previa autorización rectoral. El horario de clases será el siguiente: en las mañanas: clases de Prima, de Moral y de Artes, en las tardes: clases de Vísperas y de Artes. Las clases de Latín y de Aymara se acomodarán en las horas ordinarias (15). Tres días a la semana se realizarán conferencias a cargo de los distintos profesores y el sábado por la tarde un estudiante dictará una lección previamente señalada. Cada año se efectuarán tres actos de Teología, sobre temas determinados con la debida oportunidad.

Para el otorgamiento de títulos y grados, de acuerdo con el P. Frías Herrán, se adoptó el siguiente régimen: tres cursos de estudio (de seis meses cada uno) para Bachiller en Artes; cuatro cursos iguales para Bachiller en Teología y para Licenciado en ambas materias un curso más. Los trámites pertinentes se deberán seguir ante el Rector.

Para optar el título de Bachiller en Artes se requerirá haber realizado los cursos establecidos y haber dictado por lo menos nueve lecciones sabatinas. Con estos antecedentes el Rector señalará examen público para el postulante, con asistencia del Prefecto, el profesor respectivo y otros profesores, acto en el cual, si fuere aprobado, se le conferirá el grado respectivo.

Para conseguir el título de Licenciado en Artes se deberá exhibir el de Bachiller en la misma materia. El Rector señalará, también, examen de oposiciones para el postulante, vencido el cual se le fijará un tema de exposición para ser defendido el

fuere aprobado se le concederá el título.

Los títulos de Bachiller y Licenciado en Teología se concederán de modo parecido. Simplemente, cuando se trate del segundo, en el acto señalado para la exposición del postulante, participarán los profesores replicantes designados por el Prefecto.

Conforme a las Constituciones el



grado más alto que podrá conceder la universidad será el de Doctor. La solicitud para optar el mismo deberá ser presentada ante el Rector, en vista de la cual este convocará al Claustro de Profesores en cuya reunión señalará el día y hora del acto solemne en el que será conferido el título. La fecha indicada se reunirán todas las autoridades, los profesores y los funcionarios de la universidad, los estudiantes, los padrinos del postulante y el público en general. Instalada la ceremonia el Rector invitará a cualquier profesor o estudiante asistente para que proponga cualquier cuestión al oponente. Satisfechos los planteamientos hechos, se votará sobre su aprobación. Siendo aprobado, se le conferirá el grado y, en acto simbólico, pasará hasta el estrado de los doctores y se señalará al lado de ellos.

El P. Frías Herrán estableció, en sus Constituciones, una institución interesante: las Incorporaciones. En virtud de ella cualquier doctor que poseyera título expedido por otra universidad, previa exhibición de los documentos pertinentes y rendición de un examen, podía solicitar su ingreso como integrante del cuerpo de Doctores de la Universidad de San Francisco Xavier. Por este sistema célebres personalidades formaron parte de la universidad como el creador en 1681, de las cátedras de Jurisprudencia Don Cristóbal de Castilla y Zamora.

Esas fueron, en síntesis, las principales y más interesantes disposiciones contenidas en las Constituciones del P. Frías Herrán y que, con ligeras enmiendas, rigieron hasta la expulsión de la Compañía de Jesús decretada por Carlos III en 1767, como reglas básicas del desarrollo de la Universidad de San Francisco Xavier. O sea que ésta no nació a la vida institucional en forma anárquica, sino, más bien, dentro de marcos ideológicos y legales sumamente claros y precisos.

En las reglas que hemos comentado existen, ciertamente, instituciones interesantes. Tales, por ejemplo, la del famoso Claustro de Doctores y la de las Incorporaciones. Por la primera se permitía una participación activa en los actos académicos y públicos de la universidad a los propios graduados en la misma. Por la segunda, a su vez, se lograba el concurso, en forma parecida, de egresados de otras universidades cuya experiencia beneficiaba a la de Chuquisaca.

Tanto en las Constituciones como en la Universidad de San Francisco Xavier, quedó el sello más profundo de la personalidad del P. Frías Herrán durante el transcurso de su vida en el Perú. Ambas obras permanecen a lo largo de los siglos, desafiando al tiempo que todo lo corrompe y deteriora. Y eso es lo más importante de todo cuanto, hasta hoy, sabemos de la vida del Provincial Jesuita. Después de dejar esas obras que lo han inmortalizado su figura se fue desvaneciendo, posiblemente en las labores inherentes a su cargo, hasta perderse, injustamente por cierto, en el olvido.

## NOTAS:

- 1) Bibliografía básica sobre la Universidad de Chuquisaca: V. Abela, HISTORIA DE CHUQUISACA; A. Jáuregui Rosquellas, LA CIUDAD DE LOS CUATRO NOMBRES; L. Paz, LA UNIVERSIDAD MAYOR REAL Y PONTIFICIA DE SAN FRANCISCO XAVIER; A. Jáuregui Rosquellas, CONFERENCIA SOBRE LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN FRANCISCO XAVIER; J. Mendoza, LA UNIVERSIDAD DE CHARCAS Y LA IDEA REVOLUCIONARIA; I. Prudenno Bustillo, LA UNIVERSIDAD BAJO LA REPUBLICA; O. Francovich, EL PENSAMIENTO UNIVERSITARIO DE CHARCAS; R. García Rosquellas, HISTORIA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD (LA UNIVERSIDAD DE CHUQUISACA EN LAS POSTRIMERIAS DE LA COLONIA); M. Durán, LA REFORMA UNIVERSITARIA EN BOLIVIA; J. García Quintanilla, HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA PLATA.
- 2) F. Mateos S.I., HISTORIA GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LA PROVINCIA DEL PERU.
- 3) A. Astrain S.I., HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LA ASISTENCIA DE ESPAÑA.
- 4) L. Paz, LA UNIVERSIDAD MAYOR

# POEMAS DE MANUEL BANDERA

## EL CACTO

Aquel cacto recordaba los gestos desesperados de los estatuas:

Laocoonte estrujado por las serpientes,  
Ugolino y los hijos hambrientos.  
Evocaba también al seco nordeste, bosques de corandios, matorrales...  
Era enorme, incluso para esta tierra de feracidades excepcionales.

Un día, un tifón furibundo lo arrancó de cuajo.  
El cacto cayó atravesado en la calle,  
Rompió los aleros de las casas vecinas,  
Impidió el paso de tranvías, automóviles, carros,  
Rompió los cables de la luz y durante veinticuatro horas privó a la ciudad de iluminación y energía:

---Era bello, áspero, intratable.

(De "Libertinagem")

## LA ARAÑA

No te alejes de mí, temiendo por mi saña,  
Temiendo mi veneno... Oye mi triste historia:  
Aracne fue mi nombre, y en la trama ilusoria  
del encaje, tejida, lució mi gracia extraña.

Desafió a Minerva un día, y de tomoña  
Osadía hoy expío la incomparable gloria...  
Vencí a la diosa. En celos, ella, de mi victoria,  
Ya no me perdonó: vengosa y me hizo araña.

Yo que era blanca y linda, heme espantosa, oscura,  
Inspiro horror... Oh tú que espías la uridura  
De mi tela, y el hilo que mi palpo desliza:

Pienso que fui mujer y tuve dedos ágiles,  
Bajo los que, incesante, la vana fantasía  
Creó el monto sutil para tus hombreros frágiles.

(De "A cinza das horas")

## DON JUAN

Ser de elección. En ti Naturaleza  
Prendió al mirar altivo la chispa que fascina,  
Tú tenías aquella aspiración divina  
De lograr en la vida la perfecta belleza.  
Lo buscaste en amor: indecible sorpresa  
Poseer..., sueño malo, demencia que ilumina.  
Vencido, tú burlaste a la virtud maquiavélica.  
No tenías la moral de la maza burguesa.

Moriste insatisfecho. Y cada seducida  
Escomerció tu fe. Porque en tales amores  
Nunca topaste con el misterio de la vida.

Tu alma, que era del cielo, se perdió en el infierno.  
Parapostas, para los graves pensamientos,  
De ansio inmortal humana eres símbolo eterno.

(De "A cinza das horas")

## TREN DE HIERRO

Café con pan  
Café con pan  
Café con pan  
Virgen María ¿qué ha sido esto maquinista?  
Ahora sí  
Café con pan  
Ahora sí  
Vuela humazo  
Corre, corre,  
Fuego al horno  
Fogonero

Echa fuego  
Necesito  
Mucha fuerza  
Mucha fuerza  
Mucha fuerza  
Ah...  
Huye chico  
Huye pueblo  
Pasa puente  
Pasa poste  
Pasa pasto  
Pasa buya  
Pasa boyada  
Pasa rama  
Del ingó  
Que se asoma  
Al arroyo  
Qué deseos  
De cantar

Ah...  
Cuando me trincaron  
En el cañizal  
Cada caña era,  
Era un oficial...  
Ah...  
Chiquita bonita  
Del vestio verde,  
Dame tu boquita  
Que la sé me pierde  
Ah...  
Que me voy ahorita ahora  
Que no quiera estar aquí  
Yo he nacido en los cardales  
Soy de Quiricuri  
Ah...  
Voy deprisa  
Voy corriendo

## TEMA Y VARIACIONES

Soñé haber soñado  
Que había soñado.

Acordéme en sueños  
De un sueño pasado  
El de haber soñado  
Que estaba soñando.

Soñé haber soñado...  
¿Mos soñado qué?  
Que había soñado  
Estor con usted  
O' que había estado,  
Que es tiempo pasado.

Un sueño presente  
Un día soñé.  
Lloré de repente,  
Pues vi, desvelado,  
Que había soñado.

(De Opus 10.)

## ACERCA DE LA...

(Viene de la página 3)

contaba, y escribió reservadamente los oficios, dirigiéndolos premeditadamente a los dos frentes que amenazaban a La Paz: Goyeneche y Paula Sanz. Según el autor, queda de este modo descartada la "traición" de Murillo, cuya actitud importa más bien, según expresión acuñada por el obispo La Santa, una "genial hipocresía", pues Murillo en los oficios fingió algo que no sentía realmente. En el lenguaje actual esta actitud de Murillo - dice - se calificaría como una "maniobra política". La actitud posterior de Goyeneche que hizo ahorcar a Murillo - agrega el autor - la célebre frase del protomártir al morir, y el hecho de que el caudillo hubiera enviado a su familia a Zongo (Yungas) para retirarse después allí con la tropa, confirman la tesis de la "hipocresía", asegura Abela Baldivieso, quien concluye su trabajo con la siguiente frase: "La revolución tuvo necesidad de estas hipocresías".

No cabe la menor duda de que este trabajo del inteligente y capacitado investigador Valentín Abela Baldivieso tiene grandes méritos, entre ellos el de haber encarado la investigación aplicando los métodos de la alta precisión científica que ha alcanzado la historia. Abela Baldivieso es la contrapartida de los historiadores improvisados que afirman o niegan rotundamente un hecho sin preocuparse poco ni mucho de las razones que lo fundamentan, y menos aún de explicar los sucesos ubicándolos adecuadamente dentro de su tiempo. Este joven estudioso de la historia nacional nos demuestra en este libro que es un investigador serio, documentado y honesto, con profundo sentido de responsabilidad y devoción a la verdad por encima de todas las cosas.

Más, algunos aspectos de este trabajo, en nuestro concepto, pueden ser motivo de observación.

Así tenemos que para sentar la conclusión de la "genial hipocresía" de Murillo Abela Baldivieso se ha basado casi exclusivamente en la carta del obispo La Santa, de 8 de febrero de 1810; pero este documento tan importante dentro del libro, ha sido tomado por el autor en la misma forma que los sostenedores de la "traición" murillana tomaron los oficios dirigidos a Goyeneche y Paula Sanz, es decir sin someterlo a las "críticas de autenticidad, veracidad e interpretación". ¿Cómo el obispo La Santa, enemigo declarado de la revolución, podía haber penetrado sin equivocarse en las verdaderas intenciones de Murillo? ¿Qué medios usó para ello?, son algunas de las preguntas que surgen sobre el particular.

De otra parte, la obra no entra en detalles sobre la evidencia de la histórica frase de Murillo a tiempo de ser ahorcado en la plaza que hoy lleva su nombre. Recordemos que se ha sostenido que no está probado que Murillo lanzó aquellas palabras que, según revela ahora Abela Baldivieso, habrían sido recogidas por el propio Goyeneche. Convenía a los fines que persigue el autor, demostrar palmariamente la veracidad de este punto.

Digamos, para terminar, que la llamante tesis de la "genial hipocresía", elaborada por Abela Baldivieso, no deja, en verdad, muy bien parado el nombre del famoso revolucionario paceño, pues con ella Murillo queda convertido en una especie de "gran hipócrita", en una suerte de "político maquiavélico", para quien "el fin justifica los medios". La expresión "maniobra política" usada por el autor encubriría al parecer, en este caso, el maquiavélismo de querer lograr como fin ganar tiempo a los realistas sin reparar en los medios. Todo esto, naturalmente, aparte de que no hay hipocresía buena, ni aun la que afirma que está inspirada por buenas intenciones. Si incompatible es la traición como el heroísmo, no menos incompatible con este último es la hipocresía. Esto lo saben cuantos censuran la actitud política de los que, como Jano, muestran dos caras en sus actitudes.

Con todo lo cual queremos dar a entender que no nos parece muy aceptable la conclusión de Abela Baldivieso, pues si Murillo no fue "traidor", ¿por qué habría tenido que ser "hipócrita"?

Tienen que haber meditado otros motivos para que el caudillo paceño hubiera escrito los oficios en cuestión. El tiempo, creemos, se encargará de disipar este pequeño gran misterio de la historia nacional. Todo lo que se conoce hasta hoy parece todavía insuficiente para explicar el hecho. Mientras tanto, debemos acoger con verdadero entusiasmo las investigaciones sobre el particular, entre las cuales una de las mejores, por no decir la mejor, es la que nos ha ofrecido Valentín Abela Baldivieso en el libro comentado.